



Jeff VanderMeer

Autoridad



DESTINO

Trilogía Southern Reach 2

Autoridad

TRILOGÍA

SOUTHERN REACH II

Jeff
VanderMeer

Traducción
de Maia Figueroa Evans

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1302

Título original: *Authority*

© VanderMeer Creative, Inc., 2014

Publicado de acuerdo con Farrar, Straus and Giroux, LLC, Nueva York

© por la traducción, Maia Figueroa Evans, 2014

© Editorial Planeta, S. A., 2014

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2014

ISBN 978-84-233-4848-0

Depósito legal: B. 14.784-2014

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

En los sueños de Control aún no ha amanecido; el cielo es azul oscuro con apenas una pincelada de luz. Mira desde un acantilado hacia el abismo, una bahía, una cala. El lugar siempre cambia. Las aguas, tan tranquilas que alcanza a ver kilómetros hacia el fondo: ve a los gigantes del océano deslizándose como submarinos u orquídeasacampanadas o anchos cascos de naves, silenciosos, siempre en movimiento; su mero tamaño transmite tal sensación de poder que incluso desde tan arriba presente los estragos que causan a su paso. Durante horas observa las formas, los movimientos, escucha los susurros que le llegan como ecos... Y después cae. Lentamente, demasiado lentamente, cae a las oscuras aguas sin hacer ruido, sin salpicar ni rizar la superficie. Y continúa cayendo.

A veces le ocurre cuando está despierto, como si no hubiese estado prestando suficiente atención, y entonces recita en silencio su propio nombre hasta que regresa al mundo real.

001: Caída

El primer día. El comienzo de su última oportunidad.

—¿Son las supervivientes?

Control estaba de pie junto a la subdirectora de Southern Reach, detrás de un espejo unidireccional lleno de huellas, observando a las tres personas sentadas en la sala de interrogatorios: las que habían regresado de la duodécima expedición al Área X.

La subdirectora, una mujer alta, delgada, negra y entrada en los cuarenta, no respondió, cosa que no sorprendió a Control. No había malgastado ni una sola palabra con él desde que llegase esa misma mañana tras haberse tomado el lunes para instalarse. Tampoco lo había mirado ni una vez más de lo necesario; solo cuando él le pidió a ella y al resto del personal que lo llamasen Control en lugar de John o Rodríguez. Ella hizo una brevísima pausa y respondió: «En ese caso, llámame Patience en lugar de Grace». Los presentes ahogaron una risa. Que hubiese querido cambiar su nombre verdadero por otro que también significaba algo le resultó interesan-

te. «No, ya me parece bien —había contestado él, convencido de que eso la disgustaría—, puedo llamarte Grace.» La mujer eludió el golpe refiriéndose a él continuamente como director en funciones, cosa que era cierta: entre la gestión que ella estaba llevando a cabo y el ascenso de Control había un valle de tiempo y formularios que completar, procedimientos que seguir, personal que contratar y erradicar. Hasta ese momento, la cuestión de la autoridad iba a ser un terreno pantanoso.

Pero Control prefería no pensar en ella como paciencia ni como gracia. Si no una obstrucción, prefería considerarla una abstracción. Le había obligado a ver un antiguo vídeo de orientación sobre el Área X que ella debía de saber que resultaba demasiado básico y anticuado, y ya le había dejado bien claro que la suya iba a ser una relación basada en la animosidad, al menos por su parte.

—¿Dónde las encontraron? —preguntó él.

En realidad, lo que quería preguntar era por qué no las habían mantenido separadas. ¿Es porque os falta la disciplina, porque el departamento lleva tiempo infestado de ratas? De hecho, ahora mismo hay ratas en el sótano, royéndolo todo.

—Lee los informes —respondió ella.

Le dejó bien claro que ya debería haberlos leído. Entonces salió de la sala.

Dejó a Control a solas para que contemplase los archivos que tenía sobre la mesa y a las tres mujeres del otro lado del cristal. Por supuesto que los había leído, pero tenía la esperanza de pillarla despreveni-

da y que bajara la guardia, incluso de que le ofreciese su punto de vista. También había leído fragmentos del informe personal de Grace, pero aún no se había hecho a la idea de con quién estaba tratando, salvo en lo tocante a sus reacciones con respecto a él.

Su primera jornada completa cumplía la cuarta hora y ya se sentía contaminado por aquel edificio lúgubre y extraño de moqueta verde desgastada y por las opiniones anticuadas del personal que le habían presentado. La sensación de menoscabo lo permeaba todo, incluso la luz del sol que entraba a regañadientes por las ventanas altas y rectangulares. Llevaba su habitual americana negra y pantalones de pinza, una camisa blanca con corbata azul celeste y un par de zapatos negros que había limpiado esa misma mañana, aunque ahora se preguntaba si de verdad había merecido la pena. Le molestaba pensar cosas así porque él no se encontraba por encima de todo —sino en el centro—, pero esas ideas eran difíciles de reprimir.

Se tomó un momento para observar a las mujeres, a pesar de que su apariencia delataba muy poco. A todas les habían proporcionado los mismos atuendos genéricos de aspecto vagamente militar que recordaban al uniforme de mantenimiento, y les habían afeitado la cabeza como si fuesen portadoras de algún tipo de plaga, como si tuviesen piojos en lugar de algo mucho más inexplicable. Sus rostros mantenían la misma expresión o, mejor dicho, no mostraban expresión alguna. «Cuando pienses en ellas, no uses sus nombres —se había dicho en el

avión—. Al principio solo debes tener en cuenta su función; después ya rellenarás los huecos.» Pero a Control nunca se le había dado bien mantenerse distante: le gustaba escarbar, encontrar un espacio en el que los detalles lo iluminasen sin llegar a abrumarlo.

A la topógrafa la encontraron en el jardín trasero de su casa, sentada en una silla.

A la antropóloga la encontró su marido en la puerta de atrás de su consulta médica.

La bióloga había aparecido en un solar abandonado a varias manzanas de su casa, mirando fijamente una pared de ladrillo medio en ruinas.

Igual que los miembros de la expedición anterior, ninguna de ellas recordaba cómo había cruzado la frontera invisible para salir del Área X. Ninguna sabía cómo había sorteado los bloqueos, las vallas y el resto de los impedimentos que el ejército había levantado a lo largo de la frontera. Tampoco sabían lo que le había ocurrido a la cuarta componente de su expedición, la psicóloga, que de hecho también había sido la directora de Southern Reach y había pasado por alto todas las objeciones a que ella liderase de incógnito la misión.

Ninguna parecía recordar apenas nada.

Esa mañana, durante el desayuno, Control había estado observando el patio y las numerosas mesas de piedra a través de la pared acristalada, y después se fijó en la cantidad de gente que avanzaba despacio

en la cola. Le pareció que eran muy pocos para un edificio tan grande y le preguntó a Grace:

—¿Por qué no están más contentos por el regreso de la expedición?

Ella le había respondido con una mirada sufrida, como si él fuera un alumno particularmente lento en una clase de refuerzo.

—¿Por qué crees que es, Control?

Ya se las había arreglado para dotar a su nombre de cierta carga de ironía, y él se sintió como el plomo de una de las cañas de pescar de su abuelo: destinado a permanecer en el cieno, en el fondo de cientos de lagos.

—Es que todo esto ya lo pasamos con la expedición anterior. Los sometimos a nueve meses de interrogatorios y no descubrimos nada. Resultó que durante ese período se estaban muriendo. ¿Cómo te haría sentir eso?

Largos meses de desorientación, y al final la muerte a causa de un tipo de cáncer particularmente maligno.

Él había asentido con lentitud. Naturalmente, ella tenía razón. Su propio padre había muerto de cáncer, pero aún no se había parado a pensar en cómo podía afectar ese hecho al personal de la agencia. Para él seguía siendo una abstracción, palabras en un informe que había leído en el avión.

La moqueta de la cantina era de color verde oscuro con un estampado de flechas verde claro. Todas apuntaban hacia el patio.

—¿Por qué no hay más luz? —preguntó—. ¿Adónde va toda la claridad?

Pero, de momento, Grace no iba a contestar más preguntas.

Cuando una de las tres —la bióloga— volvió la cabeza un ápice y miró el cristal como si pudiera verlo, Control apartó la mirada con cierta vergüenza tardía. Su escrutinio era impersonal, profesional; aunque seguramente a ellas no se lo debía de parecer, por mucho que supiesen que las estaban observando.

No lo habían avisado de que iba a pasar el primer día interrogando a las desorientadas expedicionarias que habían vuelto del Área X, pero la Central ya debía de saberlo cuando le ofrecieron el puesto. Habían hallado a las exploradoras seis semanas antes y, como paso previo a su traslado a Southern Reach, las habían sometido a un mes de pruebas en unas instalaciones de procesamiento del norte. Del mismo modo, a él lo habían enviado primero a la Central para soportar dos semanas de instrucciones, incluyendo alguna laguna, días enteros sumidos en el olvido durante los que no había ocurrido apenas nada, como si la intención siempre hubiese sido que discurriesen así. Después de eso, el proceso se había acelerado y le habían transmitido una sensación de urgencia.

Estos detalles estaban entre los que, desde el momento de su llegada, le habían provocado cierta exasperación. La Voz, su contacto principal en las más altas esferas, había insinuado en una de sus primeras charlas que esta era una misión sencilla, teniendo en cuenta su historial. Southern Reach se ha-

bía convertido en una agencia obsoleta y estancada que montaba guardia frente a un secreto aletargado del que ya nadie se preocupaba mucho, a causa de la mayor relevancia que habían cobrado el terrorismo y el colapso medioambiental. La Voz, con sus modales toscos, había definido la misión diciendo que debía, al menos en un principio, «aclimatarse, valorar, analizar y cavar bien hondo», instrucciones que en la actualidad no solía recibir.

Control empezó su carrera, que él mismo admitía que tenía altibajos, como agente infiltrado en células terroristas nacionales. De ahí lo habían ascendido a síntesis de datos y análisis organizativo, y había participado en dos docenas de casos cuyas similitudes eran insignificantes y sobre los cuales tenía prohibido hablar. Casos invisibles para el público: la historia secreta de nada. Pero cada vez estaba más claro que Control era un arreglador, más que nada porque parecía identificar los problemas específicos de los demás mucho mejor de lo que lidiaba con los suyos. A sus treinta y ocho años se lo conocía por eso, si es que se lo conocía por algo. Significaba que no necesitaba quedarse hasta el final de los proyectos, aunque en ese momento eso fuese exactamente lo que quería: llevar algo hasta su conclusión. El problema es que a nadie le gusta la gente que viene a arreglar las cosas —«Eh, deja que te enseñe qué estás haciendo mal»—, y menos si piensan que el arreglador necesita un arreglo.

Siempre empezaba bien, pero no siempre acababa igual.

La Voz también había omitido que el Área X se encontraba más allá de una frontera que, tras más de treinta años, aún nadie parecía comprender. No, de eso se había enterado revisando los archivos y gracias a las innecesarias repeticiones del vídeo de orientación.

Tampoco tenía ni idea de que la subdirectora pudiera odiarlo tanto por haber sustituido a la directora desaparecida, aunque se lo debería haber imaginado: según los retazos de información que contenía su archivo, ella había crecido en una familia de clase media-baja, había estudiado en escuelas públicas y había tenido que trabajar más que la mayoría para llegar a su puesto actual. Por su parte, Control llegaba envuelto en rumores sobre su pertenencia a una especie de dinastía invisible, lo que, naturalmente, suscitaba rencores. Era un hecho innegable, incluso a pesar de que, bien mirada, la dinastía parecía más bien una franquicia en declive.

—Están listas. Ven conmigo.

Grace, aparecida como por arte de magia, dándole órdenes desde la entrada.

Como él bien sabía, existen varias maneras de vencer la oposición o la voluntad de un colega. Seguramente tendría que probarlas todas.

Control cogió dos de los tres informes que había sobre la mesa y, con la mirada fija en la bióloga, los rompió por la mitad sintiendo la torsión en sus manos. Los dejó caer en la papelera.

Detrás de él se oyó un ruido, como si alguien se estuviera ahogando.

Se dio media vuelta y se encontró de frente con la ira muda de la subdirectora, pero también le adivinó cierta cautela en la mirada. Eso era bueno.

—¿Por qué seguís trabajando con archivos en papel, Grace? —preguntó, y avanzó un paso.

—Por insistencia de la directora. ¿Has hecho eso por algo en concreto?

Él hizo caso omiso de la pregunta.

—Grace, ¿por qué ninguno de vosotros se siente cómodo con las palabras *alienígena* o *extraterrestre* al hablar del Área X?

Control tampoco se sentía cómodo con ellas. Algunas veces, desde que le habían informado de la verdad, sentía que se le abría un vacío abismal en el pecho, que llenaba con sus propios gritos y alaridos de incredulidad. Pero jamás lo confesaría. Tenía un rostro perfecto para jugar al póquer; se lo habían dicho amantes y familiares, incluso extraños. Metro ochenta y cinco. Imperturbable. La complexión compacta y muscular de un atleta capaz de correr kilómetros sin notarlo. Se enorgullecía de su dieta sana y de su régimen de ejercicio físico, aunque lo cierto era que le gustaba el whisky.

Ella se mantuvo en sus trece.

—Nadie está del todo seguro. Nunca prejuzgues las pruebas.

—¿Ni siquiera después de todo este tiempo? Solo necesito entrevistar a una.

—¿Qué? —preguntó Grace.

La torsión en sus manos se transformó en torsión en la conversación.

—No necesito los otros informes, solamente voy a interrogar a una de ellas.

—Las necesitas a las tres.

Como si no acabase de comprender.

Control se giró en la silla para coger la carpeta que quedaba.

—No. Solamente a la bióloga.

—Es un error.

—Setecientas cincuenta y tres no resalta un error —replicó él—. Setecientas veintidós tampoco.

Ella entornó los ojos.

—A ti te pasa algo raro.

—Deja a la bióloga ahí dentro —dijo sin hacerle caso pero adoptando su sintaxis.

«Sé algo que tú no sabes.»

—Manda a las otras dos a sus habitaciones.

Grace lo miró como si él fuera algún tipo de roedor y ella no fuese capaz de decidir si le daba asco o lástima. Sin embargo, después de unos instantes, asintió con frialdad y se marchó.

Control se relajó y soltó aire. Por mucho que Grace debiese acatar sus órdenes, aún seguiría controlando al personal una o dos semanas más, y tenía capacidad para ponerle mil impedimentos antes de que él echase raíces.

¿Se trataba de alquimia o era verdadera magia? ¿Se estaría equivocando? Y, si así era, ¿acaso importaba? Aunque no estuviese en lo cierto, cada una era exactamente igual que las anteriores.

Pero sí, importaba.

Esta era su última oportunidad.

Su madre se lo había advertido antes de su llegada.

Su madre le recordaba a menudo a un destello de luz en mitad del lejano cielo nocturno. Presente un instante y ausente al siguiente, ausente y presente, y siempre recordada; uno podía preguntarse qué había sido, qué había provocado la centella, pero no podía saberlo de veras.

Jackie Severance, hija única, entró en el servicio siguiendo los pasos de su padre y lo superó. Operaba a niveles muy superiores del que había alcanzado él, Jack Severance, y él había sido un agente muy condecorado. Jack la había educado para ser perspicaz, organizada, toda una líder. Control imaginaba que de niña el abuelo obligaba a Jackie a hacer carreras de obstáculos, a apuñalar sacos de harina con bayonetas. Pero no tenían demasiados álbumes familiares para comprobarlo. Fuera cual fuese el proceso, también le había inculcado cierta crueldad despreocupada, expectativas muy altas y una cualidad premeditada que se manifestaba como una aparente indiferencia respecto del destino de los demás.

Como un destello lejano, Control la admiraba con vehemencia, y sin lugar a dudas la había seguido, aunque fuese a altitud mucho menor... Pero como madre, incluso cuando pasaba tiempo con él, no podía contar con ella para recogerlo de la escuela o prepararle la comida, ni para ayudarlo con los deberes. Raramente era constante con cualquier cosa

que tuviera importancia en el mundo rutinario, a este lado de la línea divisoria. Sin embargo, siempre lo animó en su precipitada trayectoria hacia el servicio, y también una vez dentro.

Por otro lado, el abuelo Jack nunca pareció demasiado entusiasmado con la idea. Un día lo miró y dijo: «Creo que no tiene el temperamento necesario». La valoración fue devastadora para el joven de dieciséis años que ya estaba convencido de su camino, pero le hizo aplicarse más, centrarse más, alzarse aún más hacia el cielo, hacia el destello. Después pensó que tal vez su abuelo lo dijera con esa intención. El abuelo era volátil como la pólvora, mientras que su madre era una llama gélida.

Cuando tenía ocho o nueve años fueron por primera vez a la casita de veraneo, junto al lago; su madre lo llamaba «nuestro club privado para espías»: su madre, el abuelo y él. En una esquina, frente al sillón raído, había un viejo televisor; el abuelo le hacía mover la antena para recibir mejor la señal. «Un poquito más a la izquierda, Control», le decía. «Un poquito más.» En la habitación de al lado, su madre revisaba documentos desclasificados que había traído de la oficina. Y así se ganó el mote, sin saber que el abuelo lo había robado de la jerga de los espías. Se aferró a ese apodo como si fuera algo genial, algo que su abuelo le había regalado por amor; pero fue lo suficientemente astuto como para no contárselo a nadie ajeno a la familia hasta muchos años después, ni siquiera a sus novias. Dejaba que creyesen que era un apodo deportivo del instituto, donde había sido el *quarterback*

reserva. «Ahora un poquito hacia la derecha, Control.» Tira como un campeón. Lo que le gustaba sobre todo era adivinar dónde iban a estar los receptores y lanzarles el balón. Aunque siempre era mejor en los entrenamientos, en esa clase de precisión hallaba pura satisfacción, en la geometría y la anticipación.

Cuando creció se adueñó de «Control». Para entonces ya era consciente del aguijonazo condescendiente de la palabra, pero no quería preguntarle al abuelo si se lo había puesto por eso o por otro motivo. Se preguntaba si el hecho de que hubiese pasado tanto tiempo leyendo dentro de la casita del lago como pescando le había puesto a su abuelo en contra.

Así pues, se hizo con el nombre, lo versionó y dejó que se le quedara. Pero esta era la primera vez que les decía sus compañeros de trabajo que lo llamaran Control y lo cierto era que no sabía por qué. Había sido simplemente un impulso, como si de algún modo pudiera conseguir un nuevo comienzo, uno de verdad.

«Un poco hacia la izquierda, Control, y quizá llegues a ver el destello de luz.»

¿Por qué un solar? Llevaba preguntándose desde que por la mañana había visto el vídeo de las cámaras de vigilancia. ¿Por qué había regresado la bióloga a un solar en lugar de a su casa? Las otras dos habían regresado a un espacio personal, a un lugar que tenía un significado emocional. Pero la bióloga había pasado horas y horas de pie en un solar abandonado, ro-

deada de hierbajos, ajena a todo lo que ocurría a su alrededor. A base de observar las grabaciones de tantos sospechosos, Control había desarrollado una gran destreza para identificar hasta el gesto más mundano o el tic nervioso que indicaba que se estaba enviando una señal... Pero en la cinta no encontró nada de eso.

Southern Reach había tenido noticias de su presencia en aquel sitio a través de un informe de la policía local, que la había detenido por vagabundeo: una reacción retardada provocada por la búsqueda activa, después de que Southern Reach encontrase a las otras dos mujeres.

También estaba la cuestión del laconismo frente al laconismo.

Setecientas cincuenta y tres. Setecientas veintidós.

Como pista era escasa, pero Control ya se había dado cuenta de que esa misión dependía de los detalles, del trabajo de detective. Nada le iba a resultar fácil. No habría golpes de suerte; nada de pirados con cerebro de paja que construían bombas en su casa, armados con fertilizante y una versión de saldo de cualquier ideología, y que se desmoronaban tras veinte minutos en la sala de interrogatorios.

Durante las entrevistas preliminares para determinar quién iba a formar parte de la duodécima expedición, según la transcripción que su informe incluía, la bióloga se las había arreglado para pronunciar únicamente setecientas cincuenta y tres palabras. Control las había contado. Eso incluía las palabras «el desayuno» como contestación única a una de las preguntas. Control admiraba esa respuesta.

Había contado y vuelto a contar las palabras durante la dilatada espera mientras le instalaban el ordenador, le expedían una tarjeta de acceso, le entregaban contraseñas y códigos numéricos, y cumplía con el resto de ceremonias con las que tanto se había familiarizado tras su paso por las diferentes agencias y departamentos.

Había insistido en instalarse en el despacho de la antigua directora a pesar de los intentos de Grace de confinarlo en un glorificado armario de escobas alejado del meollo. También había insistido en que lo dejaran todo tal como estaba, incluyendo los objetos personales. Era obvio que a ella le desagradaba la idea de que hurgase entre las cosas de la directora.

«Tú no estás bien —le había dicho Grace cuando se quedaron a solas—. Te falta algo aquí arriba.»

Él se había limitado a asentir, porque no podía negar que era una petición extraña. Pero si su papel era evaluar y restaurar, necesitaba hacerse una idea concreta de hasta dónde habían caído. Y, tal como le había dicho un sociópata en otra agencia, «el pescado se pudre por la cabeza». El pescado se pudre por todas partes, pues la corrupción de las células no atiende a jerarquías ni a castas, pero él sabía a qué se refería.

Inmediatamente después, Control se había sentado tras aquella especie de ariete con forma de escritorio, entre el desorden de montañas de archivadores y puñados de notas escritas a mano en pedazos de papel y en notitas adhesivas; había tomado asiento en la silla giratoria que le ofrecía una vista panorámica

fantástica de las librerías que había contra la pared, intercaladas con tablonces de corcho cubiertos con un sedimento de innumerables hojas sujetas unas sobre otras con chinchetas, que se asemejaban más a delicadas y caprichosas instalaciones artísticas que a lo que realmente eran. La sala olía a cerrado y en el aire se percibía el fantasma del tabaco.

El tamaño y el peso del monitor de la directora decían muchísimo sobre su obsolescencia, igual que el hecho de que hubiese dejado de funcionar décadas atrás, pues el polvo se acumulaba en la parte superior. Lo había apartado con desgana, y dos sombras como las del sudario en el vade de sobremesa describían tanto su ubicación original como la del portátil que al parecer lo había suplantado, a pesar de que nadie lo había encontrado. Control apuntó una nota mental para preguntar si habían registrado su casa.

El calendario del vade era de finales de los noventa; ¿fue entonces cuando la directora empezó a perder los papeles? De pronto la vio en el Área X con la duodécima expedición, vagando por aquel entorno natural sin destino aparente: una mujer alta, fornida, de cuarenta años pero que aparentaba ser mayor. Callada, contradictoria, indecisa. Tan consumida por sus responsabilidades que había considerado que debía acompañar a las personas que enviaba allá fuera. ¿Por qué no se lo habían impedido? ¿Acaso nadie se preocupaba por ella? ¿Era posible que hubiera convencido a todo el mundo? La Voz no se lo había dicho, la falta de información de su informe era exasperante, y, leyéndolo, Control no averiguó nada.

Todo lo que había visto hasta el momento daba fe de lo mucho que ella se preocupaba y, sin embargo, no parecía hacerlo en absoluto por el funcionamiento de la agencia.

Rozándole la rodilla izquierda, debajo del escritorio, estaba la torre que acompañaba al monitor. Se preguntó si también habría dejado de funcionar en los noventa. Control tuvo el presentimiento de que sería mejor no ver los talleres donde trabajaban los técnicos, los tristes cadáveres agotados de ordenadores de otras décadas, el caótico museo involuntario del plástico, los cables y las placas de circuitos. O quizá fuese cierto que el pescado se pudría por la cabeza y solo la directora se había desintegrado.

Así que, desprovisto de ordenador porque su portátil aún no se consideraba lo suficientemente seguro, se había entretenido leyendo las transcripciones de las entrevistas de reclutamiento de las componentes de la duodécima expedición. La antigua directora las había llevado a cabo en su papel de psicóloga. En su opinión, el resto de reclutas habían sido imparables, géiseres imposibles de contener: auténticas máquinas parloteantes de lanzar clichés y carcajadas nerviosas. Personas que, en comparación, eran incapaces de morderse la lengua. Cuatro mil seiscientos veintitrés palabras; siete mil ciento cincuenta y cuatro. Y la auténtica campeona: la lingüista, que se había echado atrás en el último momento, con una marca de doce mil setecientos cuarenta y tres palabras que incluían sus respuestas y el relato heroicamente prolongado de un recuerdo de niñez, «tan entretenido como te-

ner que sacar una piedra del riñón por la polla», tal y como alguien había anotado en uno de los márgenes. Eso dejaba sola a la bióloga y su lacónico discurso de setecientas cincuenta y tres palabras. Ese autocontrol le había hecho fijarse no solo en las palabras sino también en las pausas que había entre ellas. Por ejemplo: «He disfrutado de todos los trabajos que he realizado en el campo». Sin embargo, la habían despedido de casi todos. Ella creía no haber dicho nada, pero cada palabra —incluyendo «el desayuno»— suponía un comienzo. Para la bióloga niña, desayunar no era algo positivo.

El fantasma estaba allí mismo, en las transcripciones que se habían hecho desde su regreso, flotando en el texto. Cosas que se dejaban entrever en los espacios vacíos y que hacían que Control fuese reticente a repetir sus palabras en voz alta, por miedo a no haber entendido verdaderamente el trasfondo y las referencias ocultas. Una descripción indiferente de un cardo, la mención de un faro. Una o dos frases que describían la luz de las marismas del Área X. Nada de eso debería haberlo afectado; no obstante, la sentía allí, como si la bióloga estuviese de pie detrás de él mirándolo por encima del hombro, de un modo que no le suscitaban las entrevistas del resto de las expedicionarias.

Afirmaba recordar tan poco como las demás.

Control sabía que eso era mentira; o que tarde o temprano acabaría siéndolo si conseguía tirarle de la lengua. Pero ¿quería hacerlo? ¿Su extrema cautela se debía a algo ocurrido en el Área X o era así por naturaleza? En ese momento pasó una sombra sobre

el escritorio de la directora: él ya había estado en situaciones similares, tomando ese tipo de decisiones, y hacerlo estuvo a punto de destruirlo o de superarlo. Pero no había tenido elección.

Tras su regreso, alrededor de setecientas palabras. Igual que las otras dos. Pero, a diferencia de ellas, esa moderación era comparable a la de antes de la partida; y también había que tener en cuenta la extraña especificidad de la que las otras carecían. Mientras que la antropóloga podía decir algo como: «La naturaleza estaba deshabitada y en su estado original», la bióloga decía: «Por todas partes había cardos de un color rosa intenso, incluso cuando el agua dulce se convertía en salobre. Al anochecer, la luz era como las brasas de una hoguera, una especie de esplendor».

Eso, sumado a su insólita aparición en el solar, convenció a Control de que era posible que la bióloga recordase más que las demás, de que quizá estuviera más presente que las otras dos, pero que fingiera por algún motivo. Nunca se había encontrado frente a una situación como aquella, pero recordaba que un colega tuvo que interrogar a un terrorista que había sufrido una herida en la cabeza y que se había pasado los interrogatorios en el hospital demorando el proceso con la esperanza de recobrar la memoria. Y la recuperó. Pero solamente los hechos en sí, desprovistos del honroso impulso que había engendrado sus actos, y de esa forma estaba perdido, a merced de los interrogadores.

Control no había compartido esta teoría con la subdirectora porque, si se equivocaba, ella la utiliza-

ría para reforzar su opinión negativa de él, pero también porque quería tenerla a ciegas todo el tiempo posible. «Nunca hagas nada por un único motivo», le había dicho su abuelo más de una vez y, al menos en eso, Control le había hecho caso.

Antes de que se la raparan, la bióloga tenía una melena larga y morena, casi negra. También cejas oscuras y espesas, ojos verdes, una nariz fina y ligeramente torcida —rota a causa de una caída en las rocas—, y pómulos pronunciados que mostraban una fuerte herencia asiática en una de las ramas de su familia. Sus labios agrietados eran sorprendentemente voluptuosos para su expresión de desagrado. No se fiaba de sus ojos, de los porcentajes, y se había molestado en comprobar que antes de la expedición no fuesen de otro color.

Incluso sentada a la mesa daba la sensación de ser físicamente fuerte, y allí donde el cuello se unía a los hombros se adivinaba una cordillera de denso músculo. Hasta la fecha, todos los análisis que le habían hecho confirmaban que no tenía cáncer ni ninguna otra anomalía. No recordaba qué decía el informe, pero Control creía que debía de ser casi tan alta como él. Llevaba dos semanas recluida en el ala este del edificio, sin nada más que hacer que comer y hacer ejercicio.

Antes de la expedición, la bióloga se había sometido a un intenso entrenamiento de supervivencia y formación en el uso de armas en unas instalaciones

que la Central dedicaba a ese objetivo. Allí le habrían transmitido todas las medias verdades que el mando y control de Southern Reach consideró útiles, basándose en criterios que Control aún consideraba arcanos e incluso turbios, y la habrían sometido a cierto condicionamiento para hacerla más receptiva a las sugerencias hipnóticas.

La psicóloga/directora habría recibido una lista de claves hipnóticas, palabras que combinadas de manera concreta inducían unos efectos concretos. Una idea pasajera al cerrar la puerta tras de sí: ¿habría tenido la directora algo que ver con el enturbiamiento de sus recuerdos mientras aún estaban en el Área X?

Control se sentó en una silla delante de la bióloga, consciente de que Grace estaría, como mínimo, observándolos desde el otro lado del cristal. Los expertos ya la habían interrogado, pero él también era una suerte de especialista y necesitaba el contacto directo. Un cara a cara tenía una textura de la que las transcripciones y las grabaciones carecían.

El suelo estaba mugriento, casi pegajoso. Los fluorescentes del techo parpadeaban a intervalos irregulares y la mesa y las sillas parecían sacadas de la cantina de un instituto. En el aire se percibía el fuerte olor agrio y metálico de un detergente de baja calidad, casi como de miel fermentada. Aquella sala no inspiraba confianza en Southern Reach. De una estancia pensada para dar parte de las misiones —o que debía aparentar serlo— se esperaba que fuese

más cómoda que otra diseñada únicamente para interrogatorios, para una presunta resistencia.

Sentado frente a la bióloga, su misma presencia lo hacía reticente a mirarla a los ojos. Pero siempre se ponía nervioso antes de interrogar a alguien, como si ese deslumbrante destello de luz que cruzaba el cielo se hubiese detenido, hubiese descendido y se le hubiera posado en el hombro: su madre en carne y hueso, observándolo. Lo cierto es que a veces ella comprobaba su trabajo. Tenía acceso a las grabaciones, así que no era una paranoia ni un presentimiento: era parte plausible de su realidad.

En ocasiones, exagerar su propio nerviosismo le resultaba útil para conseguir que la otra persona se relajase. Así que carraspeó, vaciló antes de beber un trago de agua del vaso que había traído consigo y estuvo toqueteando el informe que había colocado entre ambos, junto al mando del televisor que estaba a su izquierda. Para preservar las condiciones en las que habían encontrado a la bióloga y garantizar que no generaba recuerdos de forma artificial, la subdirectora había ordenado que no se le revelase ningún dato contenido en su informe interno. Control lo consideraba una medida cruel, pero estaba de acuerdo con Grace. Quería que el informe que descansaba sobre la mesa pareciera la posible recompensa que podía obtener en otra sesión, aunque él no supiese aún si estaba dispuesto a entregárselo.

Control se presentó usando su nombre real, le informó de que iban a grabar la «entrevista» y le pidió que dijese su nombre en voz alta para que constase en la grabación.

—Llámame Pájaro Fantasma —dijo ella.

Control creyó detectar una punzada de rebeldía, a pesar de que hablaba con tono neutro.

Levantó la mirada, al instante se sintió confundido y apartó la vista. ¿Era posible que ella estuviese utilizando sugerencias hipnóticas? Fue lo primero que pensó, pero lo desestimó al momento.

—¿Pájaro Fantasma?

—Eso o nada.

Asintió; sabía cuándo no insistir, ya investigaría el término más tarde. Le pareció recordar que el informe lo mencionaba. Quizá.

—Pájaro Fantasma —dijo a modo de prueba. Las palabras tenían un sabor terroso y forzado—. ¿No recuerdas nada de la expedición?

—Ya se lo dije a los otros. Era una naturaleza prístina.

Control creyó detectar un matiz de ironía, pero no estaba seguro.

—¿Llegaste a conocer bien a la lingüista durante la formación? —preguntó él.

—No, bien no. Era muy habladora, no había quien la hiciera callar. Era...

La bióloga enmudeció a media frase, al tiempo que Control reprimía su euforia: una pregunta que ella no había anticipado, que no esperaba en absoluto.

—¿Era... qué? —apuntó él.

El interrogador anterior había utilizado la técnica estándar: establecer una relación, presentar los hechos, hacer que la relación se desarrollase a partir de ahí. Pero no había conseguido ningún resultado.

—No me acuerdo.

—Yo creo que sí te acuerdas.

Y si te acuerdas de eso, entonces...

—No.

Con mucha ceremonia abrió la carpeta y consultó las transcripciones dejando que una esquina de las páginas sujetas con clips donde aparecían las estadísticas cruciales quedase a la vista.

—De acuerdo. Háblame de los cardos.

—¿De los cardos?

La expresión de sus cejas delató lo que opinaba de la pregunta.

—Sí. La información que diste de los cardos es muy específica. ¿Por qué?

La abundancia de detalles sobre los cardos en una entrevista de la semana anterior, cuando acababa de llegar a Southern Reach, aún lo tenía perplejo. Le hizo pensar de nuevo en claves hipnóticas. Le hizo pensar en palabras refugio.

La bióloga se encogió de hombros.

—No lo sé.

Control leyó de la transcripción:

—«Los cardos tienen una flor de color lavanda y crecen en el espacio de transición entre el bosque y las marismas. Es imposible no encontrarse con ellos. Atraen una gran variedad de insectos y el zumbido y la luminosidad que los rodea confiere al Área X una sensación de intensa actividad, como de una ciudad humana.» El texto continúa, pero yo lo voy a dejar aquí.

Ella volvió a encogerse de hombros.

En esta ocasión, Control no tenía intención de en-

tretenerse en lugares concretos, sino de planear sobre el terreno, de hacer un mapa de la extensión que pretendía cubrir con ella. Así que continuó.

—¿Qué recuerdas de tu marido?

—¿Qué relevancia tiene eso?

—¿Relevancia respecto a qué? —saltó él.

No hubo respuesta, de modo que lo intentó de nuevo:

—¿Qué recuerdas de tu marido?

—Que tenía uno. Algún que otro recuerdo de antes de partir, igual que de la lingüista.

Muy hábil al enlazarlo con eso, al intentar que pareciera parte de un todo. Imprecisión en lugar de agudeza.

—¿Sabías que él también regresó? —preguntó—. ¿Sabías que estaba desorientado como tú?

—Yo no estoy desorientada —le espetó ella al tiempo que se inclinaba hacia delante.

Control reculó. No tenía miedo, pero por un instante creyó que debería tenerlo. El escáner cerebral no indicaba anomalías y habían tomado todas las medidas posibles para asegurarse de que no era portadora de nada remotamente similar a una especie invasora. O «intrusa», como lo llamaba Grace, incapaz de decir nada que se pareciera lo más mínimo a la palabra *alienígena*. En cualquier caso, el estado de salud de Pájaro Fantasma era mejor en ese momento que cuando se marchó; las toxinas que en la actualidad están presentes en la mayoría de las personas se encontraban en su cuerpo y en el de sus compañeras en niveles mucho menores de lo habitual.

—No pretendía ofenderte —dijo él.

No obstante, Control sabía que estaba desorientada. Con independencia de lo que recordase, la bióloga que él conocía a partir de las transcripciones previas a la expedición no se habría mostrado irritada con tanta facilidad. ¿Qué era lo que le había molestado?

Cogió el mando que había junto a la carpeta y apretó dos veces uno de los botones. El televisor de pantalla plana colocado en la pared de su izquierda se encendió con un zumbido y mostró la imagen borrosa y pixelada de la bióloga, de pie en el solar, casi tan inmóvil como el pavimento o los ladrillos de la pared que tenía delante. La escena estaba bañada en el verde enfermo que sustituía al negro en las cámaras de seguridad.

—¿Por qué ese solar? ¿Por qué te encontramos allí?

Una mirada indiferente y ausencia de respuesta. Control dejó el vídeo en marcha. Algunas veces, la repetición en segundo plano acababa con la paciencia del entrevistado, aunque normalmente las secuencias mostraban un sospechoso posando una bolsa en el suelo o metiendo algo en un cubo de basura.

—Primer día en el Área X —dijo Control—. El camino a pie hasta el campamento base. ¿Qué ocurrió?

—No mucho.

Control no tenía hijos, pero se imaginaba que esta era más o menos la respuesta que le daría un adolescente si le preguntase qué había hecho en la escuela. Quizá debería volver atrás un momento.

—Sin embargo, recuerdas los cardos muy muy bien —dijo él.